

## CON LA ROMANA

El 19 de noviembre de 1809 el mariscal Soult destrozó en Ocaña al mejor y más fuerte ejército español tras el desastre de Tudela. De los 56.000 hombres que mandaba el general Juan Carlos de Areizaga, 4.000 resultaron muertos o heridos y 20.000 fueron hechos prisioneros.

Como una inmensa marea las fuerzas napoleónicas ocuparon La Mancha en pocos días. A partir del 18 de enero, al saber los sevillanos que los franceses habían conquistado Almadén creció el malestar entre la población. Cuando el 20 llegó la noticia de que los invasores habían sobrepasado Despeñaperros, cundió la desesperación y los miembros de la Junta Central, altos funcionarios y muchas familias abandonaron la ciudad camino de Cádiz en una interminable caravana o en cuantos barcos había en el río Guadalquivir, mientras grupos de sevillanos recorrían las calles pidiendo la destitución de la Junta Central “*ineficaz y corrupta*”. En la madrugada del 24, mientras huían los últimos miembros de la Junta, una muchedumbre asaltó la Maestranza, se apoderó de numerosas armas a los gritos de “*traidores, nos han vendido*”, dirigiéndose a continuación al tribunal de la Inquisición y el convento de La Cartuja, pusieron en libertad a Francisco Palafox y al conde de Montijo, llevándolos en andas al salón de la Junta Provincial, entre vivas y aplausos.

Esas horas trajeron a San Martín el vivo recuerdo de la actuación de “*las turbas*” en Cádiz dos años antes.

En la misma mañana, en el curso de una tumultuosa sesión, se formó una Junta Suprema de Gobierno, presidida por Francisco Saavedra e integrada por el conde de Montijo y los generales Francisco Ramón Eguía, Francisco Palafox, y el marqués de La Romana. Se acordó que el duque de Alburquerque, que se encontraba en Extremadura con 12.000 hombres, debía marchar hacia el sur bajando por la orilla izquierda del Guadalquivir, Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana tenía que reasumir el cargo de general en jefe del Ejército de la Izquierda, y Antoine Malet, marqués de Coupigny, fue nombrado su jefe del Estado Mayor General. José de San Martín pasó a ser edecán de Coupigny.<sup>1</sup>

De la Romana tenía entonces 49 años. Educado en Francia, era un militar valiente y culto, habitual lector de los clásicos romanos, llano con cuantos lo trataban y

---

<sup>1</sup> AMS, Leg. 226 y Leg. 309.. “El Exmo. Sr. Marqués de la Romana, General en Jefe del Ejército de la Izquierda, me dice con fecha de ayer entre otras cosas que la Junta Suprema de Sevilla, en quien ha recaído la autoridad soberana por ausencia de la Central, ha nombrado a Ud. por mi Ayudante en el empleo de Cuartel Maestro General de dicho ejército, que me ha conferido en la misma”. (Carta del 25 de enero de 1810 de Coupigny a San Martín).

con cierta inclinación a la indolencia de la que pronto salía cuando era preciso adoptar resoluciones en las que estaban en juego España y el rey, como lo demostró en arriesgadas circunstancias que le dieron merecida fama. Iba a ser el último general en jefe a cuyas órdenes sirvió San Martín. Antonio Ricardos en su juventud y después Francisco Solano Ortiz de Rozas, marqués del Socorro, lo precedieron. Fueron los tres mejores generales españoles de su época.

Por su parte Coupigny había conocido a San Martín en la conquista de Olivenza y el sitio de Campo Major, en 1801; coincidieron entre 1805 y 1807 en San Roque, en el Campo de Gibraltar y luego, cuando por el tratado de Fontainebleau los españoles y franceses se repartieron Portugal invadiéndolo en diciembre de 1807, el general Solano nombró a Coupigny jefe de la división de Vanguardia y San Martín quedó a sus órdenes como capitán de guías. Fue a partir de entonces cuando se estableció una relación que se prolongó hasta 1811, en que San Martín abandonó España para seguir su destino americano. En junio de 1808 su regimiento, Campo Mayor, integra la vanguardia de la división que manda Coupigny; el capitán criollo se distingue en el combate de Arjonilla, pasa al regimiento de caballería Borbón y participa en la batalla de Bailen, siendo ascendido a teniente coronel <sup>2</sup>. Al año siguiente acompaña a Coupigny a Cataluña y meses después vuelve con él a Sevilla.

De La Romana dejó Sevilla, cuya defensa quedaba a cargo de tres o cuatro batallones y unos miles de civiles revoltosos y mal armados dirigiéndose a Extremadura acompañado de su segundo Gabriel de Mendizábal y su cuartel maestre <sup>3</sup> el marqués de Coupigny .

\*\*\*

Al ser nombrado miembro de la Junta Central en agosto de 1809, el marqués de La Romana cedió el mando del Ejército de la Izquierda al general Joaquín Cañas y Portocarrero, duque del Parque. Su reincorporación fue recibida con esperanza por las autoridades y nobles de Badajoz, a donde llegó el 30 de enero. *“Todo el mundo reconoce vuestros méritos, incluso el mariscal Mortier”*, dijeron al recibirlo.

---

<sup>2</sup> AMS, leg. 226.

<sup>3</sup> .- Según el Diccionario de Almirante el Cuartel Maestre General “era realmente jefe del Estado Mayor General” a partir de las ordenanzas de 1788. Respecto al nombre y funciones de edecán dice también Almirante que “en diccionarios y libros militares se ve impresa esta peregrina voz como técnica y sinónima de ayudante de campo. No es galicismo, es simplemente francés, escrito como suena”. Las ordenanzas establecían que el CMG, que desempeñaba funciones análogas a las del actual jefe de Estado Mayor General, debía tener cinco ayudantes: “uno de artillería, otro de ingenieros, otro de infantería, otro de caballería ( que era San Martín ) y otro de dragones, capitanes y subalternos”. Coupigny nombró a San Martín su primer ayudante “por sus méritos y el alto aprecio que le tenía y no por favorecerlo con los cien escudos mensuales de sobresueldo que le correspondían”, opina el gral. Adolfo S. Espinola.

En una carta que escribió al presidente de la Junta Suprema del Reino de Galicia, el marqués de la Romana describía cual era la situación militar que encontró : *“Al llegar a Badajoz hallé que los sucesos del enemigo en Andalucía y la retirada de Sevilla de la Junta Central habían consternado extraordinariamente a esta provincia y dieron tal osadía a los enemigos que apenas empecé a tomar conocimiento de la posición y estado del ejercito a mi mando, supe que habían entrado en ella, no siendo extraño puesto que por el Camino Real no teníamos fuerzas que pudieran estorbárselo. El día 10 se acercaron a esta plaza, aunque la resistencia que hallaron y la dificultad que les ofrecía el mantenerse al frente sin mayores aprestos, les precisó a retirarse a una distancia de cuatro leguas, formando un cordón que han reforzado después entre Puebla de la Calzada, Montijo y Mérida”*.

El 9 de febrero 70 jinetes de la caballería de Mortier llegaron al puente de Mérida, pero no entraron en la ciudad y alcanzaron Badajoz al día siguiente. Coupigny mandó a su primer ayudante, José de San Martín, salir en descubierta pelotón para conocer con exactitud la importancia de los efectivos enemigos y del grueso de las fuerzas que le seguían. Hubo una pequeña escaramuza en la que el oficial criollo con el apoyo de *“un cierto número de honrados vecinos”* hicieron retirarse a los franceses.

Del informe elevado a La Romana resultaba indudable que las tropas napoleónicas controlaban todo el Camino Real hasta Sevilla, que había sido conquistada el día 1º. Frente a los imperiales no había sino unas escasas unidades que *“carecen de armamento, de vestuario y de quintos para reemplazar las pérdidas. La caballería necesita sillas, herrajes, medicinas y sobre todo raciones. Los silos de Montijo, de Almendralejo, de Villafranca han pasado intactos a manos de los franceses, mientras que en Badajoz nuestro ejército experimenta la mayor penuria de víveres”*. El 12 y 15 de febrero San Martín volvió a realizar operaciones de reconocimiento que confirmaron la gravedad de la situación.

Había que empezar casi de cero: *“levantar el animo abatido, armando en los pueblos partidas para la defensa y ofensa, con la conminación debida de penas fuertes contra los que fuesen débiles o tibios en la justa resolución de concurrir a salvar la Patria. Había que recoger las infinitas armas y la gran cantidad de caballos esparcidos en la provincia, echar contribuciones a los pueblos no invadidos”*<sup>4</sup>.

La manera como La Romana tuvo que empezar casi de cero a levantar el Ejército de la Izquierda fue una de las lecciones que San Martín aprendió en los trece meses que estuvo a su lado y que tendría en cuenta cuando tuvo que formar en Mendoza el ejército para independizar Chile y Perú. No fue la única, como iremos viendo.

La primera decisión tomada por el marqués al llegar a Badajoz fue fortalecer *“con la máxima urgencia”* sus murallas y bastiones. Para defender la ciudad solo se disponía de un millar escaso de infantes, un par de ingenieros militares, ocho artilleros

<sup>4</sup> Federico Pita Espelosin, “El marqués de la Romana. Su influencia en los sucesos de Galicia”, Madrid 1917.

y no contaba con caballería. Se pidió ayuda al obispado que dispuso que 11 sacerdotes y 6 frailes colaborasen revisando el estado de las municiones y de las baterías, ayudaran a guardar en los sótanos de la catedral las municiones y la pólvora y sacaran de allí el hierro de rejas y puertas para fabricar bombas.

Simultáneamente La Romana pidió al duque de Alburquerque que le enviara las unidades que al mando de Contreras y Rafael Menacho había dejado estacionadas entre Don Benito y Mérida para defender el oeste de la provincia <sup>5</sup> y ordenó que acudieran a Badajoz a los debilitados efectivos del Ejército de la Izquierda que se encontraban refugiadas en la Sierra de Gata.

Las vanguardias de Mortier habían llegado a las proximidades de Alburquerque, uno 40 kilómetros al norte de la capital de la provincia extremeña y los únicos que en aquellos días hacían frente al invasor eran los guerrilleros. La partida de Antonio Morillo había sorprendido a los franceses en Valverde de Leganés causándoles *“más de cien muertos entre ellos un general”*. En el golpe de mano una mujer, Catalina Martín Lopez Bustamante, tuvo una destacada actuación por lo que la Junta de Extremadura le concedió el grado de alférez de caballería. Cuando San Martín leyó el relato de la hazaña, dos párrafos le preocuparon: el jefe guerrillero contaba que por Santa Marta, en el Camino Real de Sevilla a Badajoz, habían pasado *“1000 soldados de infantería y 2.500 de caballería, enemigos, de los que una tercera parte era españoles”* y pedía a la Junta *“zapatos y 200 hombres de infantería, por haberse dispersado algunos de los míos”*.

A mediados de febrero llegaban el general Juan Senen de Contreras y el mariscal de campo Rafael Menacho al frente cinco regimientos de infantería y uno de caballería, en total cerca de 4.000 hombres. En el *“refresco de vino que se les ofreció a los jefes y oficiales para reponerse de la cruel intemperie que han sufrido en las últimas jornadas”*, San Martín se saludó a Contreras, al que el año anterior había conocido en Tarragona, y abrazó con entusiasmo a Menacho, que había sido su sargento mayor durante cinco años en el regimiento de Voluntarios de Campo Mayor. La última vez que se vieron fue en Madrid, cuando desfilaron las unidades triunfadoras en Bailén. Luego a Menacho le tocó muchas veces bailar con la más fea: las batallas de Tarancón, Ucles y Medellín, donde fue herido gravemente en el muslo izquierdo, por lo que aun renqueaba apoyándose en un bastón. Con Menacho y Contreras vino Fernando González Butrón, que dio a San Martín noticias de su hermano Justo, contándole como había participado con él en la salida que los defensores de Zaragoza hicieron el último día de diciembre de 1808 y otras acciones en la defensa de la ciudad sitiada.

La noticia de la constitución del Consejo de Regencia de España y las Indias fue celebrada solemnemente el 26 de febrero con una misa y te deum solemnes, a la que

---

<sup>5</sup>.- El duque de Alburquerque se había puesto en camino en dirección a Córdoba las tropas napoleónicas, pero al llegar a El Pedroso recibió instrucciones de dirigirse a Sevilla *“siguiendo la orilla izquierda del Guadalquivir”* (ver pag. 1) porque Córdoba había caído en manos enemigas. Sin embargo los ejércitos de Soult marchaban más rápido y al ver que Marchena, Carmona y Ecija también habían sido ocupadas, decidió ir a Cádiz a donde llegó el 4 de febrero. Sus tropas exhaustas, hambrientas y semidescalzas apenas podía dar un paso más. La Junta de Regencia lo nombró capitán general de los Ejércitos y Costas de Andalucía.

siguió una recepción en el palacio de la Junta de Extremadura. Allí saludó José de San Martín a uno de sus miembros, el brigadier José Nieto Aguilar, marqués de Monsalud y a su esposa, Concepción Solano Ortiz de Rozas, hermana del marqués del Socorro, por quien el teniente coronel criollo guardaba una venerada memoria. Los marqueses de Monsalud se habían casado en Cádiz y vivido allí un tiempo y probablemente habrían coincidido alguna vez en capitanía general.

Al día siguiente La Romana inició el primero de los movimientos coordinados con Wellington, destinado a disminuir la presión que ejercían los franceses al norte de Badajoz: la división del inglés Hill se dirigió a Portoalegre, mientras el marqués cruzó el Guadiana el 27 de febrero y por la orilla derecha del Guadiana alcanzó Alburquerque, ordenando al mayor general de infantería José O'Donnell que siguiera hasta Cáceres. Al mismo tiempo Martín de la Carrera y Francisco Ballesteros, abandonando sus campamentos en la sierra de Gata y pasando por el desfiladero de los Perales cruzaban el Tajo por Alcántara. Consiguió con eso que los franceses sintiéndose amenazados se alejaran casi un centenar de kilómetros de la frontera. Como en otras maniobras que se sucederían desde entonces durante varios meses, uno y otro bando harían marchas y contramarchas sin buscar los choques frontales, pero con el objetivo común de controlar los fértiles valles y ciudades que se extienden entre el Tajo y el Guadiana.

Para el 10 de marzo La Romana estaba de nuevo en Badajoz y recibía a los generales Martín de la Carrera y Francisco Ballesteros y a los regimientos asturianos y gallegos que lo habían servido en 1809 en el Ejército de la Izquierda y llegaron a la ciudad desde la segura frontera portuguesa. Su permanencia en la sierra de Gata había sido dura por lo que preciso dotarlas de calzado, vestuario y tiendas de campaña, movilizándolo para ello a los vecinos de Olivenza, que fabricaron setecientos pares de botas y mil quinientos pantalones.

Con esas fuerzas inició su reorganización: encomendó a Menacho la plaza de Olivenza, envió a de Jerez de los Caballeros a Senen de Contreras. González Butrón fue designado comandante general de la caballería, una fuerza inexistente.

En eso estaban La Romana y Coupigny mientras que la Junta de Extremadura redactaba un documento que, aprobado por todos sus integrantes fue hecho público el 13 de marzo ofreciendo “*una pensión de 4.000 pesos anuales a quien entregue vivo o muerto al usurpador Napoleón o a su hermano el intruso José Bonaparte*”.

Cuando Coupigny y San Martín leyeron la proclama comentaron riendo a carcajadas : “*Los caballeros de la Suprema se creen que con tan inútiles balandronadas se puede ganar la guerra*”.

En efecto la amenaza francesa no se resolvía con declaraciones. Según informes llegados al cuartel general de La Romana el grueso del V Ejército de Mortier se encontraba en Llerena y Santa Olalla de Cala, mientras el II Cuerpo estaba en Mérida. Era preciso impedir que ambos pudieran enlazar. El marqués, que confiaba en las dotes de Francisco Ballesteros mostradas a su lado en Asturias y Galicia le ordenó marchar a hacia el sur con su división, a la que debía sumar los regimientos de Senen de Contreras, que en su opinión no había obtenido los resultados que de él se esperaban.

Contreras había llegado el 8 de marzo a Alconchel, donde se enteró que los franceses se le habían adelantado entrando en Jerez de los Caballeros. Viendo que eran superiores en número se detuvo rehuyendo el encuentro. Los invasores “*después de saquear la ciudad y no respetar a las mujeres*” se retiraron al cabo de tres días, pero siguieron operando por la zona sin que Contreras pudiese hacer nada.

A mediados de mes escribió a la Junta y el marqués de La Romana: “*Se me encargó ponerme a la cabeza de mi división con un poder ilimitado para hacer frente a los enemigos y hostilizarlos y para sujetar sin restricciones a los dispersos y las partidas. Las partidas que por aquí operan son ridículas y antimilitares; tienen a los pueblos en confusión, desorden y desesperación, perjudicando a las tropas regulares al fomentar en ellas la indisciplina y comenten mil abusos y vejaciones*”.

El 22 se dirige a la Junta desde Cabeza de Vaca: “*He batido al enemigo en Zafra sin que nadie viniera a socorrerme ; puesto en retirada lo voy siguiendo con la precaución debida*” A continuación de se queja haber sido puesto él y sus hombres a las órdenes de Francisco Ballesteros, lo que le ha producido “*una alteración extraordinaria, pues el mismo Alejandro Magno desmayaría y perdería su constancia, que no sería mayor que la mía*”.

El 24 desde Cala, a dos leguas de Santa Olalla donde hay mas de 2.500 enemigos “*Contreras escribió a La Romana, enviando copia a la Junta: “V.E. me dice que don Francisco Ballesteros marcha intrépidamente contra los enemigos animándoles a evacuar Zafra y Fuente de Cantos. Marchar intrépidamente no lo tengo por ningún mérito en un buen soldado y mucho menos en un general. Marchar con prudencia, precisión y tino es algo más difícil. Lo esperaba yo para picar al enemigo la retaguardia como yo venía haciéndolo, sin ostentar una intrepidez que ni Julio Cesar me quitaría lo que yo he hecho contra los franceses con mis escasas fuerzas*”.

“*Cuando V.E. me envió a Jerez de los Caballeros me situé allí y luego hice frente en Zafra a las fuerzas enemigas que intentaron amedrentarme; lo hice con tanta intrepidez como cualquier otro y en aquella crisis peligrosa nadie vino a ayudarme. Luego, cuando empezó a retirarse lo seguí sin esperar socorros, mostrando una intrepidez que puede juzgarse de temeraria*”.

Contreras dice a continuación que Francisco Ballesteros ya se había reunido en él. “*Contribuiré con mis cortas luces a ayudarle en lo que pueda, pero no a ponerme a sus órdenes, pues V.E. sabe que la misión que estoy cumpliendo me fue encomendada por la Junta Suprema, cuya orden creo necesaria para que esta división la mande él y no yo*”.

“*Trataremos que el enemigo no llegue a Sevilla. Las últimas noticias es que en su retirada ya ha pasado El Ronquillo. Tenemos muchas dificultades en seguirle por la crecida de los arroyos y las espesas nieblas que nos impiden seguirles*”.

Como puede verse nada habían hecho los españoles y franceses durante ese mes de marzo sino moverse entre la amplia zona que va desde Zafra y Jerez de los Caballeros y Santa Olalla, sin que se produjera un solo enfrentamiento. En cambio había tenido lugar un choque entre Francisco Ballesteros y Juan Senén de Contreras, que fue recibido con indignación por La Romana y sorprendió a la Junta, que se

apresuró a responder a Contreras : *“La Junta se halla íntimamente unida al jefe del Ejército de la Izquierda por una multitud de títulos que determinaron dejar a sus órdenes todas las tropas de la provincia para que dispusiera de ellas”* , pidiéndole que *“rectificara en su modo de pensar , de acuerdo a las reglas de la milicia y a la unidad que conviene en las operaciones militares”*.

Ante las tres divisiones de La Romana y unos cuantos miles de soldados que estaban en Alburquerque, Mortier se sintió amenazado: el 2º Cuerpo de Ejército, mandado por Heudelet, que estaba combatiendo a las fuerzas de Carlos de España y Martín Carrera en la Sierra de Gata, acababa de abandonar Plasencia – 12 de febrero – y obedeciendo órdenes se dirigía por Deleitosa y Trujillo al valle del Guadiana, temiendo que los ingleses avanzaran sobre Talavera.

Antes de que Heudelet llegara al Guadiana, Mortier faltó de alimentos y equipos y viendo que La Romana se aproximaba moviendo cautelosamente sus flancos, se retiró de Badajoz y por Zafra se encaminó a Sevilla, dejando su puesto más avanzado en Santa Olalla de Cala, en el extremo noreste de Huelva. Soult requería su presencia dado que la capital de Andalucía se encontraba sin apenas defensa y temía que Granada pudiera alzarse por la acción combinada de las tropas españolas situadas en Murcia y las guerrillas de la Alpujarra.

Siguiendo órdenes de La Romana Martín de la Carrera había abandonado sus cuarteles de invierno en la Sierra de Gata y atravesando el desfiladero de Perales y cruzando el río Tajo en barca por Alconete, había tomado posiciones entre Alburquerque y el Guadiana, mientras coordinadamente la división del inglés Hill avanzaba con dos mil hombres desde Alvantes a Portoalegre. El marqués dejó Badajoz el 27 de febrero, cruzó el Guadiana y por la orilla derecha portuguesa alcanzó Alburquerque, mientras enviaba a O'Donnell a ocupar Cáceres, obligando a Reynier – que había sustituido a Heudelet – a retirarse a Mérida.

## **MANIOBRAS DE PRIMAVERA**

El ejército de la Izquierda, con dieciséis mil soldados, constituía en la primavera de 1810 el núcleo más importante de las dispersas fuerzas españolas, repartidas en Galicia y Asturias, Extremadura, Cádiz, Murcia, Valencia y Cataluña, que apenas llegaban a los cien mil hombres. El resto del país lo ocupaban los franceses, a quienes esas tropas no inquietaban seriamente, pues se limitaban a frenarle o a hostigarle en operaciones de corto alcance; mas preocupación daban al rey José los guerrilleros, que sobre todo en el norte crecían en número y audacia, obligando a destinar a setenta mil de sus trescientos mil soldados en el mantenimiento de las líneas de comunicaciones y escolta de los convoyes.

La Romana elevó los efectivos hasta veinticinco mil hombres distribuyendo por Extremadura las cuatro divisiones que formaban su ejército, escalonándolas a lo largo de 160 kilómetros de la frontera con Portugal desde Ciudad Rodrigo a Jerez de los Caballeros. En el norte la que mandaba el mariscal de campo Martín de la Carrera, protegía con cuatro mil hombres la plaza fuerte de Ciudad Rodrigo y tenía una vanguardia de otros tres mil ochocientos a las ordenes del brigadier José Imaz; a continuación, en Alburquerque, la 2ª división de Carlos O'Donnell con cinco mil cien; en Campo Maior y Badajoz la 1ª división a cargo del mariscal de campo Francisco Javier Losada, con cinco mil setecientos y en el sur, en Olivenza; la 3ª división de Francisco Ballesteros, con una fuerza de seis mil cuatrocientos en Jerez de la Frontera “formaba la derecha del Ejército y operaba en Andalucía. La caballería estaba distribuida entre las divisiones de O'Donnell y Losada y estacionada en San Vicente de Alcántara y Badajoz. La mayor parte de los tres mil caballos eran poco a propósito para operar en razón de sus enfermedades y la falta de monturas y equipos. El material de artillería consistía en un tren de cerca de cuarenta piezas en bastante buen estado, excepto los caballos y mulas, que como la caballería sufría de quebranto”.

“La organización de este ejército era bastante buena. Sus tropas eran valientes y sufridas, sus oficiales y jefes en la mayor parte experimentados y sus generales de un mérito conocido. El estado mayor del Ejército estaba bastante bien constituido y aunque sus trabajos no eran de importancia suma, sin embargo no dejaban de llenar una gran parte de sus atribuciones. Los medios de transporte escaseaban a la verdad, pero las tropas pasaban sin ellos cuando la necesidad así lo exigía”.<sup>1</sup>

Al otro lado del Tajo, respaldando al Ejército de la Izquierda, estaban las divisiones inglesas de Hill y de Hamilton.

Una vez consolidada la plaza fuerte de Badajoz, el marqués envió a las tropas de Contreras y Menacho a sumarse a la vanguardia del general Ballesteros, para que operaran en la zona montañosa limítrofe con Huelva y Sevilla. Menacho, ascendido a mariscal de campo fue segundo jefe de la división de Ballesteros hasta fines de septiembre; cuando La Romana hubo de sumarse al ejército anglo-portugués en Torres

---

<sup>1</sup> Francisco Javier Cabanes. Campañas de Portugal en 1810 y 1811. Imprenta de Collazo. Madrid 1815.



Vedras lo nombró gobernador de Badajoz, para tener la seguridad de que su puerta de acceso a España quedaba en buenas manos.

Otra de las preocupaciones iniciales de La Romana y su alto mando al establecerse en Badajoz fue el coordinar los guerrilleros que mandaba Julián Sanchez “El Charro”, integrados por campesinos y desertores. Según su opinión “las partidas de patriotas, fomentadas como conviene y apoyadas por ejércitos bien organizados, no deben confundirse con algunas cuadrillas compuestas de desertores, contrabandistas y otras gentes forajidas que, al tiempo que golpean a los franceses roban y cometen toda clase de desmanes en la población”<sup>3</sup>.

Julian Sanchez había nacido en Santiz y era mayoral de reses bravas cuando, a fines de 1808, una patrulla de franceses entró en la aldea, situada al noroeste de Salamanca, mató a sus padres y violó a una hermana. Julian juró venganza y en pocos meses logró levantar una partida de garrochistas<sup>4</sup>.

Los partes que enviaba al cuartel general estaban faltos de precisión y sobrados de ingenuo triunfalismo:

“Me hallo comandante en jefe de las partidas entre el Tajo y el Duero y tengo un regimiento de caballería y un batallón de infantería. Los ingleses me mandaron dos pequeños pedreros<sup>5</sup> con algunos auxilios para ellos, para la caballería y la infantería”.

“Me escribe mi teniente coronel Martin que en la calzada de Salamanca a Ledesma mis lanceros mataron treinta y dos franceses, entre ellos un coronel y un teniente coronel, hicieron diecisiete prisioneros y cogieron una brigada de mulas con sus arreos”.

“Con fecha 11 del corriente me escribe mi teniente coronel Martin que los lanceros hicieron veinte prisioneros y mataron un coronel, un teniente coronel y treinta y seis soldados”.

“Mi cuñado el capitán Cilleiros atacó en San Muñoz<sup>6</sup> a doscientos gabachos, matando a su jefe y haciendo ochenta prisioneros, de modo que tienen más miedo que la peste a transitar por esa calzada”.

Más allá de sus entusiastas exageraciones – “mis lanceros hacen presas todos los días”, “cuando matan cinco o seis no se molestan en participarme por escrito” – Julian Sanchez contribuyó en gran manera a la defensa de Ciudad Rodrigo y luego, durante ese año y la mitad de 1811, consiguió más de una vez interrumpir durante días las comunicaciones de Massena con Francia. Su acción más destacada en ese periodo tuvo lugar en La Pobleza, donde derrotó a doscientos sesenta dragones, mató a cincuenta y se apoderó de numerosos caballos y armas. Wellington lo incorporó a su ejército anglo-portugues y en él participó en las batallas de Arapiles, Vitoria y San

<sup>3</sup> “El Memorial militar y patriótico” del que hablaremos en breve.

<sup>4</sup> La garrocha es una vara para picar toros, que tiene cuatro metros de largo y una punta de acero de tres filos, llamada puya.

<sup>5</sup> Antiguos cañones que disparaban piedras.

<sup>6</sup> A mitad de camino entre Salamanca y Ciudad Rodrigo.

Marcial, penetrando en Francia y llevando hasta allí la venganza que había jurado por lo que hicieron con su familia.

Junto con Juan Martín “El Empecinado”, Espoz y Mina y el cura Merino fue uno de los grandes jefes guerrilleros españoles. Con estas breves líneas rindo aquí homenaje a esos hombres del pueblo que tan importante papel desempeñaron en la guerra contra Napoleón hasta el punto de incorporar el término *guerrillero* a otras lenguas y hacer que aun hoy se denominen de este modo a los miembros de los grupos irregulares que combaten por la independencia o contra regímenes tiránicos. Las hazañas de Julian Sanchez “el Charro” pasaron a la historia y la leyenda. A fines del siglo XIX todavía seguían recordándose en los campos salmantinos, como lo registró E. Rodríguez Solá<sup>7</sup>: “Le robaron su caballo y ofrecieron en trofeo de guerra al general Dorsenne, que mandaba en Salamanca, el cual lo montaba con orgullo. Don Julian juró recuperarlo. Una tarde el general cruzaba el puente sobre el Tormes para revistar a la tropas en el Arrabal, llevando al frente algunos batidores y detrás a sus ayudantes y oficiales a sus órdenes. Cuando hubieron pasado los batidores, un hombre vistiendo el traje de charro, que había permanecido recostado sobre la baranda del puente, saltó a la grupa del caballo y abrazando a Dorsenne con sus robustos brazos y alegrando con su voz al noble bruto, que pronto reconoció a su antiguo dueño, salió al escape camino de Ciudad Real. Algunos batidores quisieron hacer fuego sobre don Julian, pero como éste tenía ceñido al general y llevaba la cabeza baja, dejando que el cuerpo de Dorsenne presentara el mayor blanco, sus ayudantes impidieron de que matasen al general por matar a Sanchez, limitándose a salir en su persecución. Don Julian soltó pronto al general, arrojándolo cerca de la Pescante y prosiguió su vertiginosa carrera”.

No es extraño que el pueblo lo cantara en coplas:

*Cuando don Julian Sanchez  
monta a caballo  
se dicen los franceses  
¡ya viene el diablo!  
Ea, la, la  
la, la, eh  
es un lancerito  
que me viene a ver.  
El me quiere mucho  
yo lo quiero a él.*

Dejemos la leyenda y volvamos a la historia documentada.

Los dos bando querían poseer los fértiles valles y grandes ciudades que se extienden entre el Tajo y el Guadiana. Reynier podía moverse entre Trujillo y Cáceres; más allá por el oeste el río Salor y la fortaleza de Alburquerque y por el norte el Tajo eran barreras que solo eran franqueables con el apoyo del V Ejército, de ahí que Mérida y

<sup>7</sup> “Los guerrilleros de 1808”. Barcelona 1895.

su puente eran la clave de sus movimientos. Pero la base de Mortier era Andalucía, lo que obligaba a Reynier a extender su frente hasta Zafra para cubrir esa línea de enlace y obtener víveres de Llerena. Mortier pensaba como él que era preciso unir ambos ejércitos, porque pretendía conquistar Badajoz y su puente, con lo que tendría acceso al Alentejo. Sumando veinte mil hombres, cincuenta cañones y tres mil caballos no solo sería de ellos Extremadura, sino que causarían graves problemas a Wellington. Pero Soult no se lo permitía, para él lo importante era su virreinato andaluz.

En los primeros días de marzo La Romana supo que el V Cuerpo de Ejército enemigo estaba a unos doscientos kilómetros al sur y el II Cuerpo en Mérida decidió cortar las comunicaciones entre ambos. Dos eran las rutas posibles y por las dos movió el marqués a sus divisiones. La de Contreras siguió la calzada real que comunicaba a Mérida con el sur por Los Santos de Maimona, Zafra, Fuente de Cantos, Monesterio y El Ronquillo y la de Ballesteros, que se encontraba en Olivenza y siguió una ruta más corta pero también más difícil, la que pasa por Jerez de los Caballeros, Fregenal de la Sierra y Aracena. Ambos fueron frenados. Contreras por Gazán, que le sale al paso en Santa Olalla, obligándole a retroceder a Zafra y Ballesteros que tropieza en Zalamea la Real y vuelve a Aracena. Mientras Reynier había marchado desde Mérida hacia el oeste y tras pasar por Montijo enfiló hacia el norte, camino de Cáceres. O'Donnell le salió al paso en La Roca de la Sierra y habría sido aniquilado salvándose gracias a los capotazos que le echaron Mendizabal y Hill.

Las diferencias entre Ballesteros y Contreras y los desfavorables encuentros con los franceses hicieron que éste fuese sustituido por el brigadier José Imaz. De nuevo descendieron hacia el sur para presionar a Soult y cruzando la sierra de Aroches llegaron hasta El Ronquillo, donde se asoma la llanura sevillana, pero frenados por Mortier tuvieron que regresar a sus bases iniciales. Tampoco tuvieron éxito los reiterados intentos de la vanguardia del ejército de la Izquierda para enlazar con la división de Francisco Copons, que procedente de Cádiz había desembarcado en Ayamonte y que tuvo que refugiarse temporalmente al otro lado del Guadiana.

Lo mismo sucedió en el bando francés con las operaciones de reconocimiento llevadas a cabo Foy sobre Cáceres y de la caballería de Reynier en una incursión que tras cruzar el Guadiana al sur de Badajoz llegó hasta Campo Maior y regresó por Montijo a su base de Mérida. Eran más bien maniobras ante la inminente ofensiva de Massena, cuyo primer paso debía ser la ocupación de Ciudad Rodrigo y Almeida, puertas de acceso a Portugal.

Al norte del Tajo Martín de la Carrera, empujado hasta el otro lado del Alagón, se aferró un tiempo entre Ituera al norte y Coria el sur, enfrentándose con los hombres de Kellerman y Ney en Perales del Puerto, San Martín de Trevejo, Gallegos y la Puebla

de Azaba, y terminó retirándose a Portugal por orden de La Romana, para mantenerse expectante en Vilar Maior y Guarda junto con la división del inglés Crauford.

El 30 de mayo Ney con veinte mil soldados inició el asalto de Ciudad Rodrigo, defendida por cinco mil quinientos españoles. Su gobernador, el anciano general Andrés Pérez de Herrasti, contaba con la promesa de Wellington de que iría en su ayuda si fuera necesario y ahí estaba, por si hubiera dudas, la división de Crauford. Durante más de dos semanas la ciudad fue sometida a un tremendo e incesante bombardeo. Uno tras otro fueron pasando los días sin que se hiciera efectiva la intervención de Wellington, que al igual que en Talavera y teniendo en cuenta que las fuerzas francesas eran superiores en número, decidió por encima de todo salvar sus efectivos y su base portuguesa. Debo repetirlo una vez más: para Wellington la guerra peninsular era una diversión estratégica destinada a fijar varios centenares de miles de soldados de Napoleón y evitar que, dominando totalmente el continente, pudiera asaltar las islas británicas. De ahí su principal interés por conservar su capacidad combativa y no embarcarse en aventuras ofensivas en territorio español.

El 10 de julio los defensores de Ciudad Rodrigo levantaban bandera blanca y los franceses entraban en una ciudad en ruinas.

La heroica defensa de Herrasti retrasó en cinco semanas la invasión de Portugal y consumió una parte importante de las municiones de artillería del Ejército de Masséna. La fría actitud de Wellington, beneficiado una vez más por el sacrificio de sus aliados españoles, irritó al general La Carrera, que abandonó a Crauford y los ingleses, trasladándose al cuartel general de La Romana, en Badajoz, desde donde el marqués y junto a él José de San Martín habían seguido la batalla. La vanguardia inglesa no fue capaz de resistir a los soldados imperiales y la plaza fuerte de Almeida cayó poco después, pero entre unas cosas y otras la invasión se fue postergando hasta septiembre. Un tiempo precioso para que Wellington pudiera concluir las Líneas de Torres Vedras y empezara la práctica de tierra quemada, una dura prueba para los franceses, anticipo de lo que dos años más tarde conocerían en la campaña de Rusia.

## **LA GUERRA DE PAPEL**

La Romana y los oficiales de su estado mayor redactaron y publicaron en Badajoz uno de los más interesantes periódicos aparecidos en España durante la guerra. Poco conocido de los historiadores, el “Memorial militar y patriótico del Ejército de la Izquierda”, destinado a “dirigir la opinión general y para ridiculizar al común enemigo”, es un medio de comunicación que se adelanta en época. Los militares no

acostumbraban entonces a dotarse de tales instrumentos, que en este caso La Romana lo crea además para defenderse de los ataques , críticas e incluso criminales conspiraciones que la Junta de Extremadura y la de Sevilla, generaban contra él. Por una carta del general a Charles Stuart, de cuya existencia tengo noticia pero que no he leído, se sabe que hubo un intento de asesinarlo en Badajoz.

La mayor parte de sus artículos no van firmados por lo que no sabemos si José de San Martín escribió algunos de ellos, aunque podemos pensarlo ya que el jefe del Ejército de la Izquierda no disponía de muchos colaboradores para confeccionar el periódico.

Los artículos son textos de carácter histórico o técnico y noticias “de carácter militar para dar una idea de las operaciones de nuestros ejércitos en las dos últimas campañas”. Estos textos sirven de contrapunto al perfil mas bien ideológico y propagandístico de una periódico de tendencia liberal desde el cual se critican las Juntas.

El marqués, culto, ilustrado, era poco inclinado a las instituciones representativas nacidas con improvisación a partir de mayo de 1808 y que con mucha frecuencia se movían por intereses particulares y mezquinos, como lo había demostrado al reclamar el establecimiento de una Regencia y en más de una ocasión se había enfrentado a los políticos y autoridades provinciales, disolviendo la Junta de Asturias, chocando con la de Galicia y, en Badajoz, enfrentándose con la de Extremadura. Algunos de los integrantes de ésta se habían opuesto a sus planes de movilización general bajo el control militar y sus proyectos de fabricación de armas, como puede deducirse del “Memorial militar y patriótico”. El conflicto con la Junta se agudizó por la actitud obstruccionista de las autoridades civiles con motivo de la detención de ciento veintiocho jóvenes acusados de negarse a servir en el ejército y las críticas a la violencia y la ineficacia del Ejército de la Izquierda, presentadas ante las Cortes por el diputado José Maria Calatrava. La respuesta, escrita en Lisboa en el mes de diciembre por Francisco Javier Cabanes, uno de sus edecanes, apareció tras la muerte del general en jefe, que en vida se había opuesto a que se hiciese pública “para no enconar más el conflicto”. Poco despues de su repentino fallecimiento el periódico dejó de publicarse. La mayoría de los colaboradores inmediatos de La Romana-Coupigny, San Martín, Cabanes - regresaron a Cadiz y sucesor interino, Gabriel de Mendizabal, no parece haber compartido las ideas acerca del “poder militar”.<sup>1</sup>

Las ideas de La Romana, los conceptos que tenía de cual era el papel de los guerrilleros y cómo debían quedar bajo el mando estratégico de los jefes militares y actuar coordinadamente con ellos, las tensiones, zancadillas y golpes bajos de ciertos

<sup>1</sup> Consultado Archivo de la Diputación de Cáceres. Hemeroteca. Colección Memorial. Esteban Cabanes. Aproximación al Ejército regular en la Guerra de la Independencia. Barcelona 1998.

civiles, políticos y el modo de enfrentarse con ellos utilizando la prensa, fueron lecciones que aprendió San Martín en estos meses de la campaña extremeña y se sumaron a tantas otras recibidas de Solano. Los dos generales de aquella época que tuvieron las más brillantes concepciones del arte de la guerra unidas a una visión liberal moderada de la política y el modo de actuar en ella.

## OFENSIVAS DE VERANO

La situación de equilibrio en que se habían mantenido las fuerzas contendientes a lo largo de toda la primavera se había modificado.<sup>1</sup>

Reynier que llevaba más de tres meses al acecho en sus bases de Mérida y Medellín, recibió orden de Massena de marchar hacia el norte para y, dado que el puente de Alcántara se encontraba gravemente dañado, cruzó el Tajo el 16 de julio en un puente de balsas en su confluencia con el Almonte. Wellington vio clara la maniobra y la gravedad que significaría que el II Ejército enlazara con el VI mandado por Ney y de acuerdo con La Romana desplazó la división de Hill desde Portoalegre hasta Castelo Branco, siendo reforzado a su espalda por la caballería portuguesa que se situó entre Sarzedas y Sobreira Formosa, enfrentándose en Salvatierra los jinetes de uno y otro bando con resultados desfavorables para el francés.<sup>2</sup>

Tras la caída de Ciudad Rodrigo, La Romana, desoyendo las recomendaciones de Wellington de evitar las batallas en campo abierto y retirarse a Campo Maior si los franceses intentaban presentarlas, al ver que se habían roto las líneas entre los ejércitos enemigos, que solamente podían comunicarse a través de Madrid, vio llegada la ocasión para marchar hacia Sevilla. En el mes de agosto, dejando a O'Donnell la misión de vigilar el flanco del Tajo, avanzó hacia el sur con las divisiones de La Carrera y Ballesteros, en total catorce mil bayonetas y mil quinientos jinetes y ocupó Zafra ( *Escrito de San Martín del 5 de agosto sobre regimiento Borbón . Copiar* ), donde estableció su cuartel general pidiendo a Copons, que se encontraba en el Bajo Guadiana, que se le reuniera, pero el mensaje llegó tarde. Ante el peligro Wellington ordenó a Hill enviar allí a la caballería portuguesa de Madden, que alcanzó Campo Maior el 14. El mariscal Sault, viendo el desplazamiento de Reynier hacia el norte, que parte de su tropa estaba ocupada en luchar contra efectivos españoles en el Condado de Niebla y que Sevilla podría verse amenazada, había llamado a Girard, que operaba contra los guerrilleros en la Sierra de Ronda, para que se uniese rápidamente al resto del V Ejército. Los regimientos de Gazán y una brigada de caballería pasaron a

<sup>1</sup> Continuación de Maniobras de primavera.

<sup>2</sup> Omar. A History Peninsula War. T. III

proteger los pasos de Sierra Morena y el 11 de agosto se encontraron con los españoles entre Villagarcía de la Torre y Cantalgallo, un par de leguas al noroeste de Llerena.

Los efectivos de los peninsulares eran más numerosos que los franceses, que contaban solo siete mil infantes y mil doscientos jinetes. La desgracia de La Romana fue creer que eran aun menos, ya que ignoraba que habían recibido el refuerzo de la división de Girard y que Copons no respondió oportunamente a su llamamiento. El entusiasmo y confianza en la victoria de los peninsulares no fue suficiente y tras un encarnizado combate, en el que tuvieron seiscientos hombres, el triple que los franceses, emprendieron una retirada que podía haber sido una desbandada. La caballería de Madden no llegó a tiempo, pero por suerte lo hizo Carrera, evitando que la batalla tuviera mayores consecuencias. Desde Bienvenida y Montemolín, unas columnas llegaron a Fregenal de la Sierra y otras, tras pasar por Zafra, con los franceses de Mortier pisandoles los talones, se detuvieron en Almendralejo.

Soult decidió sacar partido de la victoria, reforzó el V Ejército y ordenó avanzar sobre Badajoz al grueso de las fuerzas de Mortier que había alcanzado Fuente del Maestre, pero al tener noticias de que el mariscal de campo Luis Lacy con tres mil hombres había desembarcado en Moguer el día 23, que Copons ha rechazado hasta Zalamea a los batallones de Remond, que una flotilla al mando del capitán Jorge Cockburn remontaba el Tinto, y viendo que Sevilla estaba casi desguarnecida, se vió obligado a mover gran parte de sus tropas hacia el sur. La división de Girard se retiró de Zafra y tomó posiciones defensivas en los pasos de la Sierra Morena que llevan a Sevilla, mientras la de Gazán y gran parte de la caballería era enviada a contener y suprimir la cabeza de puente española en Huelva.<sup>3</sup>

Saliendo de Cadiz Luis de Lacy, tras desembarcar en Algeciras el 17 de junio, se había internado en la sierra de Ronda junto con los batallones mandados por el general Francisco Javier Abadía subiendo hasta Gaucin y Casares y reembarcándose un mes más tarde. El éxito de la incursión movió a la Regencia a enviarlo en agosto a la ría de Huelva, en cuya comarca podría conseguir abundante trigo y ganado para abastecer a Cádiz. Su acción evitó que el V Ejército atacara Badajoz y obligara a La Romana a refugiarse en Portugal, con lo que las fuerzas de Wellington en el Alentejo habrían quedado seriamente expuestas. Al sur del Tajo no había ninguna división británica desde que la de Hill había sido trasladada a Castelo Branco para mantener a raya a Reynier y solo la brigada de caballería de Madden y un par de regimientos de infantería de guarnición en Elvas defendían el territorio.

Wellington considerando que su flanco derecho podría verse seriamente amenazado insistió en sus recomendaciones al marqués para que permaneciera a la defensiva y no provocara a Soult. “Estoy inquieto por los movimientos de Mortier en Extremadura pero más por los deseos de luchar de La Romana. Si pudiéramos evitar complicaciones durante algún tiempo consolidaremos nuestra posición”, escribió en uno de los despachos enviados a Londres.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Toreno T. II

<sup>4</sup> Oman. Idem T. IV

El 29 de agosto Lacy reembarcó sus batallones y regresó a Cadiz, antes de que la división de Gazan pudiera trabar combate con él. El francés dejó una parte de sus efectivos en la región, para perseguir a Copons, que vivaqueaba entre Villanueva de Castillejos y Ayamonte.<sup>5</sup>

Todo eso hizo perder tiempo a los franceses y debilitar sus fuerzas, y animó a La Romana a repetir la maniobra sobre Sevilla. Reunió importantes efectivos en Guadalcanal y Monesterio, fortaleciendo la caballería con los 800 jinetes de la brigada portuguesa de Madden<sup>6</sup>. Al tener noticias de que algunas avanzadillas españolas habían llegado a Santa Olalla, marchando por la carretera a Sevilla y otras a las proximidades de Constantina, en Córdoba, Soult ordenó a Mortier concentrar los principales efectivos del V Ejército en El Ronquillo y salir al paso del Ejército del marqués. La Romana dio marcha atrás pero el 15 de septiembre su retaguardia fue alcanzada por los jinetes imperiales en Fuente de Cantos, una veintena de kilómetros al norte de Monesterio. La caballería española, que vino a cubrir la retirada fue rodeada y salvó parte de sus efectivos gracias a la impetuosa carga de los lanceros portugueses de Madden. Los españoles tuvieron quinientas bajas entre muertos y heridos, mientras las francesas no pasaron de cien<sup>7</sup>, siendo perseguidos de cerca hasta Fuente del Maestre; continuaron el repliegue por Almendralejo, Mérida y Montijo, en tanto que La Romana y su estado mayor se refugiaban en Elvas.

Wellington recordó entonces a La Romana la promesa que le había hecho en junio, de contribuir con fuerzas españolas a la defensa de Torres Vedras, por lo que a mediados de octubre el marqués, sin consultar al Consejo Supremo de Regencia, se internó en Portugal con dos de las divisiones de su Ejército, la de Carlos O'Donnell y de la Carrera<sup>5</sup>; en total ocho mil hombres. Las otras dos quedaron en territorio español, la de Imaz reforzando la guarnición de la estratégica plaza de Badajoz y la de Ballesteros en el sur de la provincia, lindando con Huelva.

Desde el privilegiado observatorio del estado mayor del Ejército de la Izquierda, San Martín vivió durante diez meses todos estos combates y maniobras. Años más tarde tendría en cuenta en el Norte argentino la experiencia extremeña, del mismo modo que la pirenaica de los años jóvenes y la que iba a vivir a continuación en las Líneas de Torres Vedras iban a servirle en Cuyo

## LAS LINEAS DE TORRES VEDRAS

---

<sup>5</sup> Arteché. T. IX

<sup>6</sup> Que Wellington había puesto a su disposición en julio, sin prever que La Romana fuera a emplearla en acciones ofensivas. Oman. "A History of Peninsula War". T. IV

<sup>7</sup> Oman. Idem. T IV.



Wellington había vivido un par de años sabiendo que su frontera, desde el Tajo a la desembocadura del Guadiana estaba protegida por los accidentes geográficos, los dos grandes rios, agrestes sierras y una serie de fortalezas escalonadas cada tramo de veinte leguas. Desde Badajoz a Sierra Morena las fortalezas de Juramenha, Mourao y Moura en el lado portugues y las de Olivenza y Jerez de los Caballeros en el español, sustituían a lo que las llanuras onduladas pobladas de encinas podia facilitar a los invasores. Por último, desde Sierra Morena al mar el terreno muy abrupto se completaba con fortificaciones casi desmanteladas y viejas murallas que apenas se tenía en pie: Serpa, Mértola, Alcoutim y Castro Marim del lado portugués y Ayamonte y Lepe del español.

La amenaza de una invasión del Alemtejo por el V Ejército resultaba improbable o lejana en aquel mes de octubre, cuando el general inglés reclamó la ayuda de las divisiones del Ejército de la Izquierda, pero la invasión del gran ejército de Massena era ya una realidad, habia ocupado Guarda y tras cruzar el Mondego se acercaba a Viseu.

La Romana y su estado mayor salieron de Elvas el 19 de octubre con la primera de las dos columnas españolas y por Extremoz, Montemor o Novo y Aldea Galega llegaron el 24 a Pero Negro, el cuartel general de Wellington y al día siguiente se instalaban en Enxara dos Cavaleiros, a cinco kilómetros del puesto del generalísimo inglés.

Me llama la atención que numerosos historiadores hayan imaginado el posible encuentro del oficial criollo con el general Bonaparte en el puerto de Tolon e incluso relatado la leyenda de que el futuro emperador al pasar ante él le había tocado un botón, mirándolo fijamente, pero ninguno que yo sepa se ha detenido a pensar que al comienzo de aquel invierno portugués pudo conocer a Wellington e incluso intercambiar con él un saludo protocolario. En el caserío de Pero Negro, San Martín asistió a numerosas reuniones del alto mando en las que nada tenía que decir, pero si mucho que escuchar y aprender, y en los claustros y salas del gigantesco monasterio Mafra donde se alojaban los oficiales pudo estar cerca y quien sabe si, en función de las tareas que le correspondian al servicio de Coupigny tener un breve relación personal, la propia de un edecán con un general, con Beresford, Denis Pack o Robert Crauford, o conversar con sus veteranos ayudantes que ya estaban a sus órdenes en las invasiones del Rio de la Plata. Tambien asistió en Lisboa a la recepción ofrecida por Charles Stuart, que por entonces formaba parte de la Regencia portuguesa y de hecho era el que la dirigía; un viejo conocido para algunos de los jefes y oficiales de La Romana. Stuart sabía de San Martín desde Bailen, dos años antes, pero es muy probable que fué en Lisboa donde se saludaron por vez primera. Al año siguiente se encargaría de facilitarle el viaje a Londres y darle cartas de presentación que coadyuvarían a la realizacion de su destino americano.

Todos estos contactos y la lectura de la prensa inglesa que llegaba semanalmente a Torres Vedras y en la que se daban noticias de América, fueron configurando el sueño americano que habia comenzado a gestarse en las reuniones mantenidas con criollos en Cadiz desde 1806. En esos tres meses junto al ejército de Wellington San Martín

intuyó los objetivos y la estrategia británicas en Suramérica y profundizó en lo que iba a ser la gran decisión de su vida.

Pero veamos cuales fueron las circunstancias históricas y el escenario portugués que marcaron su vida entre octubre de 1810 y enero de 1811.

Tras la victoria de Wagram<sup>1</sup> a Napoleón solo quedaban como enemigos los españoles en Cadiz y una franja costera desde el Ebro hasta Cartagena y los británicos en Portugal, por lo que decidió volver a la península ibérica para llevar a cabo el proyecto que en diciembre del año anterior no había podido ejecutar, invadir el reino lusitano, vencer a los ingleses y arrojarlos definitivamente al mar. Toda Europa quedaría así en sus manos. Pero circunstancias personales y las eternas complicaciones europeas retrasaron su plan y le obligaron a entregar a Massena, el mando de la nueva Grande Armée, cuya creación ordenó en abril de 1810. El mariscal André Massena, “el niño mimado de la diosa Victoria”, duque de Rivoli y príncipe de Essling, dos de las batallas por las que había sido enaltecido, iba a disponer de tres Cuerpos de Ejército, el 2º mandado por Reynier, el 6º por Ney y el 8º por Junot, a los que se uniría meses más tarde el recién creado 9º a las órdenes de Drouet d’Erlon, en total cerca de cien mil hombres, aunque en realidad solo sesenta y cinco mil llegaron a constituir la fuerza operativa invasora. El emperador estimaba que Wellington solo disponía de veintidos mil soldados ingleses y veintitres mil portugueses, “un hatajo de bribones”. Ignoraba que se trabajaba sin descanso en la construcción de las líneas de Torres Vedras, que los efectivos ingleses sumaban quince mil hombres más y con los portugueses, que pasaban de cuarenta y cinco mil, formaban una fuerza bien instruida y disciplinada bajo el mando de oficiales británico.

Tampoco sabía que Wellington había decidido llevar a cabo un durísimo plan de tierra quemada en todo el territorio portugués que quedara fuera de la doble línea fortificada, considerando que “el hambre arruina y destruye los mejores ejércitos” y que “los regimientos franceses que queden aislados serán batidos por los guerrilleros portugueses”. Para ello iba a proceder a la evacuación de ciudades, pueblos y aldeas, la destrucción de puentes, molinos, hornos de pan, barcazas y botes, y la retirada de animales, carros y carruajes, así como el incendio de las cosechas. Era condenar al hambre y la miseria a la población portuguesa, que se resistió como pudo, pero terminó por aceptar lo que mandaba el todopoderoso inglés.

Tres líneas sucesivas de trincheras y reductos desde la costa atlántica hasta un punto situado a 32 kilómetros al norte de Lisboa, iban a constituir el cinturón que protegería a la capital y a la fuerza expedicionaria inglesa<sup>2</sup>. No olvidemos que la estrategia de Wellington durante más de cuatro años consistió en mantener abierto un frente en el flanco sur de Europa, como guerra de diversión de los ejércitos de Napoleón. De ahí su

---

<sup>1</sup> El 5 y 6 de julio de 1809. Napoleón con 150.000 hombres y 600 cañones vence los archiduques Carlos y Juan, con 180.000. Muertos : 18.000 franceses y 32.000 austríacos.

2

2

interés de conservar la capacidad combativa y la timidez de sus campañas ofensivas. Torres Vedras era por tanto la última posibilidad de resistencia en la península ibérica, junto con Cádiz y la vecina Gibraltar.

En lugar de una línea continua Torres Vedras era una sucesión de reductos fortificados, con tres o seis cañones y unos centenares de soldados. En total 150 ciento cincuenta fuertes, con seiscientos cañones en una profundidad de cuarenta kilómetros. Construida por el teniente general de ingenieros Fletche y el capitán Chapman, con el esfuerzo de decenas de miles de campesinos portugueses, era en suma una especie de Línea Maginot, con la diferencia de que tendría más eficacia que esta y se destinaba a cerrar el paso no a los alemanes, sino a los franceses.

Dieciseis mil portugueses y las divisiones de La Romana guarnecían la primera línea de defensa. Las fuerzas inglesas estaban estacionadas atrás, en Torres Vedras, Monte Agraça y Alhandra, así como en la fortaleza marítima de Sao Julião y solo debían intervenir en el caso de que cualquiera de los puntos fuera arrollado por las tropas atacantes o se hiciera necesario reforzarlo.

La primera línea defensiva la formaban trece recintos fortificados, escalonados de diez leguas de largo, desde Alhandra, sobre el Tajo, a Zazandre, a orillas del Atlántico. La segunda de ocho leguas de largo, desde Quintella, junto al Tajo, a la desembocadura de Santa Lorença y la tercera, destinada a cubrir un reembarque forzoso, desde Passo d'Arco, junto al Tajo, a Torre de Junqueira, en la costa, apoyada por el fuerte San Julian.

En la primera línea se encontraban las fuerzas portuguesas y las divisiones de españolas de La Romana, en total veinticuatro mil hombres. Las divisiones inglesas de Crauford, Pack y Leith, así como la llegada desde Cadiz, estaban estacionadas atrás, en Torres Vedras, el Monte Agraço y Alhandra, así como en la fortaleza costera de Sao Julião y solo debían intervenir en el caso de que cualquiera de los reductos fueran conquistados por las tropas de Massena o se hiciera necesario reforzarlos.

El 11 de octubre la vanguardia de Junot ocupó Alenquer y siguiendo el camino a Lisboa alcanzó Sobral, mientras otras columnas llegaban a Carregado y Vila Franca de Xiva, sobre el Tajo. Fue entonces cuando descubrieron los primeros fuertes construidos por Wellington e informaron a Massena. En los dos días siguientes hubo varios enfrentamientos en torno a Sobral con soldados de la división de Spencer, que se retiraron de esa localidad, manteniéndose en las colinas próximas. El 14 el jefe del ejército napoleónico quiso conocer personalmente la zona y subió a una de las alturas de Arruda dos Vinhos para observar la línea fortificada, desde donde los artilleros ingleses le hicieron un disparo de advertencia. Massena montó en su caballo y se alejó al galope, saludando con su bicornio a tan galantes adversarios. Había comprendido que aun en el caso de que abriera una brecha en la muralla defensiva y alcanzara Cabeço de Montachique, no disponía de tropas suficientes para que su ala izquierda conquistara Lisboa.

Nunca tuvo lugar la batalla que Wellington hubiera deseado para exterminar a sus adversarios. Al cabo de un mes las fuerzas francesas se retiraron estableciendo sus posiciones desde el Zézere a Rio Mayor, con el mando en Torres Novas, a 35 kms. al norte Santarem, donde Massena se dispuso a pasar el invierno, esperando la llegada de refuerzos y construyendo, al mismo tiempo puentes para cruzar el Tajo y abrirse paso por Castelo Branco hasta España si fuera necesario. Cuando el generalísimo inglés comprendió la maniobra redobló su habitual cautela, el tiempo estaba a su favor y las provisiones se les irían agotando a las tropas napoleónicas, que tenían las comunicaciones cortadas por la acción de los guerrilleros portugueses.

## EL DILEMA

Durante tres años San Martín vivió día a día la mortal partida que Napoleón y Wellington jugaban en el tablero de la península ibérica, unas veces como atento observador y otras directamente implicado en ella. En el otoño de 1808 siguió desde Sevilla la arrolladora marcha del Emperador y su Grande Armée hasta Madrid; apenas tuvo tiempo, en el verano de 1809, de familiarizarse con el escenario catalán, pero poco después participó activamente durante nueve meses en Extremadura en el forcejeo con Soult y por último, en la Línea de Torres Vedras conoció a los principales protagonistas del Ejército británico, Wellington, Beresford y al “Black Bob” Craufurd. Un cúmulo de experiencias mientras maduraba su sueño americano.

Por eso creo que vale la pena que nos detengamos brevemente en reconstruir el escenario andaluz y extremeño de Soult, su oponente a lo largo de todo el año 1810.

El avance francés tras la batalla de Ocaña había sido tan irresistible y rápido como el de la Grande Armée, al conquistar Andalucía en solo un mes. En enero de 1810 solo quedaban en manos españolas Cádiz y el Campo de San Roque, a la sombra del Gibraltar inglés. Demasiado territorio para los setenta mil hombres que componían el IV Cuerpo de Ejército de Sebastián en el noreste, el V Cuerpo de Ejército de Mortier en el este y el I Cuerpo de Ejército de Victor ante Cádiz. José I Bonaparte que había sido bien recibido, incluso jubilosamente, en las ciudades, y sobre todo el mariscal Soult, empezaría pronto a tener problemas. Al iniciarse el otoño, tras meses de forcejeo, marchas y contramarchas, y batallas casi siempre favorables pero poco decisivas, el duque de Dalmacia llegó a la conclusión de que no era posible acabar con el irritante ejército de La Romana salvo que trasladara al este la mayor parte de las fuerzas de Sebastián e incluso parte de las de Victor. Una alternativa que prefirió decidiera Napoleón.

El emperador no tenía una idea clara de la situación en Extremadura y Andalucía. Recordemos que Wellington había reunido en Torres Vedras a “todas las fuerzas de las que podía disponer, incluso las españolas; creo que es lo que debo hacer”. A primeros de noviembre escribía al general Hill : “El marqués de La Romana se ha reunido el 20 de octubre con nuestro ejército y sus dos divisiones, una parte considerable del ejército

español bajo su mando, ocupa ya posiciones en el norte de Lisboa. Durante estos días he recibido de él valiosos consejos y asistencia”<sup>1</sup>.

Napoleón se enfureció cuando supo que el marqués se encontraba en Lisboa. El 14 de noviembre el emperador dictaba a Berthier : “ Primo : manifestad mi desagrado al duque de Dalmacia por la poca energía que despliega en sus operaciones, porque el V Cuerpo en vez de seguir a La Romana que, según se dice ha llegado a Lisboa, y así amenazar la margen izquierda del Tajo al frente de aquella capital, impidiendo a los ingleses conservar todas sus fuerzas en la derecha, se ha replegado vergonzosamente a Sevilla, porque según miserables rumores, tienen en jaque al ejército francés y diez mil desgraciados españoles, sin valor ni consistencia, defienden ellos solos la isla del León”. Poco después el jefe del Estado Mayor del emperador ampliaba a Soutl : ”Su Majestad está disgustado de que no se hayan cumplido instrucciones de tanto alcance como las que tienden a la seguridad del ejército de Portugal, dejando a La Romana trasladarse hasta el Tajo sin perseguirlo de cerca – escribió su jefe de Estado Mayor, Berthier, a Soutl - . Si el ejército del príncipe de Essling fuese batido entenderéis qué consecuencias tendrían para los del emperador en Andalucía y lo comprometidos que quedarían. El movimiento de La Romana demuestra que lo que sucede en Portugal es de gran importancia para los asuntos de España” .

Napoleón estaba airado. Creía que Mortier había perdido casi dos meses, tiempo en el que habría podido llegar a Badajoz o penetrar en el Alentejo. Pero Soutl no se lo ordenó, esperando instrucciones precisas de París. ¿Qué hubiera pasado si en octubre Soutl hubiese atacado Badajoz y aparecido en el flanco izquierdo del Tajo para diciembre? Probablemente Wellington habría encontrado alguna forma de evitar una derrota, pero su defensa habría sido muy complicada, escribe Oman<sup>2</sup>.

El duque de Dalmacia consideraba no solo inútil sino también peligrosa la operación. En la frontera, a uno y otro lado, había seis plazas fortificadas, Juromenha y Olivenza, Elvas y Badajoz, Campo Maior y Alburquerque, guardadas por más de seis mil hombres, así como dos divisiones de infantería, las de Mendizábal y Ballesteros y los dos mil quinientos jinetes de la caballería de Butrón. Todo ello sin contar al otro lado de la frontera las divisiones de Hill y de Hamilton, la brigada de caballería de Madden y los regimientos acuartelados en las plazas fuertes portuguesas. En total 42.000 hombres al este y oeste de los ríos Tajo y Guadiana. “Está claro que si yo envío diez mil hombres de Mortier al otro lado del Tajo, como Su Majestad ha ordenado, nunca alcanzarían su destino y quedarían cercados antes de que yo pudiese llegar en su ayuda”, respondió Soutl a Berthier .<sup>3</sup>

Había una alternativa: reunir unos efectivos mucho mayores, capaces de conquistar Badajoz y acabar con las dos divisiones españolas, ocupando así por fin

<sup>1</sup> ” Dispatches”

<sup>2</sup> “A History of Peninsula War”, T. IV.

<sup>3</sup> Correspondance

toda Extremadura. “La empresa es ambiciosa pero puede tener éxito; por lo menos contribuiría a alcanzar los objetivos señalados al ejército imperial en Portugal”, sugirió Soult.

Los mensajes que iban y venían entre París y Sevilla consumieron el mes de noviembre. El objetivo del Emperador, destruir a Wellington y arrojar al mar hasta el último de los ingleses, parecía difuminarse. Napoleón se mantuvo en la idea de mover solo unos diez o doce mil hombres y Soult, que prefería la Capua andaluza a la simple hipótesis de poner todas sus divisiones en la apuesta decisiva, no se arriesgó a presentar su arriesgado proyecto al Emperador, acostumbrado a dar órdenes y tener mariscales dóciles a ellas. Así pasaron las semanas y se perdió la última oportunidad de vencer a Wellington.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Simplemente veamos cómo le fueron llegando las noticias a San Martín, instalado en el cuartel de Mafra.

.....

La columna de la derecha estaba mandada por Latour-Maubourg: el regimiento de dragones del I Ejército, avanzando desde Guadalcanal se había reunido con la división de infantería del V Ejército, mandada por Girard, que permanecía acantonada en Llerena octubre. La columna de la izquierda la componía el regimiento de cazadores de Briche y la división de Gazan, del V Cuerpo de Ejército y venía escoltando un tren de artillería de 34 cañones, arrastrados por más de dos mil mulas requisadas en la provincia de Sevilla; marchaba lentamente por la ruta menos escabrosa aunque más larga de El Ronquillo y había sobrepasado Santa Olalla acercándose a Monesterio. Los informes llegados de la zona decían que al parecer las dos columnas debían reunirse en la llanura, en Los Santos de Maimona o en Almendralejo y desde allí marchar sobre Badajoz.

El 3 de enero siguiendo instrucciones de La Romana, los mil quinientos hombres de la caballería de Butrón y los novecientos de Madden habían salido en Usagre al paso de la columna de Latour-Maubourg en una maniobra de diversión destinada a cubrir la retirada de la división de Mendizábal al norte del Guadiana. La operación se llevó a cabo con un relativo éxito, pues Mendizábal cruzó precipitadamente el río por Mérida, sin destruir el puente como se le había ordenado. Por el momento ese fallo no tuvo consecuencias, pues la columna derecha francesa se detuvo en Almendralejo esperando la llegada de la de la izquierda. Esta iba más despacio de lo previsto : cuando se encontraba en cerca de Santa Olalla unas lluvias torrenciales entorpecieron gravemente la marcha del tren de artillería, muchos mulos cayeron por los barrancos y los acemileros españoles desertaron; de ahí que mientras la caballería de Briche llegaba a Zafra parte de la división de infantería de Gazán encargada de proteger los cañones aun estaba en la sierra, más de veinte leguas al sur.

Otra noticia llegó a Mafra el día 9 de enero. La división de Ballesteros, acampada en la sierra de Aracena se había desplazado hasta Calera de León y amenazaba la columna francesa de la izquierda. No era una acción coordinada con la que en esos

momentos llevaban a cabo en Usagre las unidades de caballería de Butrón y Madden . Ballesteros había recibido órdenes de Cádiz de efectuar reunirse con las tropas de Copons y amagar Sevilla por el oeste cuando, tanto Blacke como La Romana ignoraban los planes de Soult. Mortier cerró el paso de Ballesteros al oeste de Monesterio el 4 de enero y éste se retiró a Frejenal de la Sierra. El resultado fue que la columna de la izquierda sufrió un retraso que, como veremos más adelante, obligó a Soult a modificar su plan de conquista de Badajoz.. Gazan dejó un batallón para proteger el convoy artillero e inició la persecución de Ballesteros que atravesó la Sierra Morena marchando hacia el suroeste. A través de difíciles caminos de montaña y en lo peor del invierno. Los dos ejércitos, que se vieron así sometidos a duras pruebas se enfrentaron por fin el 25 de enero en Villanueva de Castillejos, desde donde tras una dura resistencia Ballesteros se retiró al otro lado del Guadiana, a través de la localidad fronteriza portuguesa de Alcoutim. Gazan, dejando a los efectivos franceses destinados en el Condado de Niebla la tarea de vigilar a Ballesteros, emprendió el regreso con el fin de reunirse con Soult, que le esperaba a unos 180 kilómetros al norte, en Extremadura.

La Romana y su estado mayor, que se hallaban en el cuartel general de Wellington en Cartaxo, había seguido día a día el lento progreso de las dos columnas de Soult y evaluado los desiguales resultados de la actuación de Mendizábal al norte de la provincia y Ballesteros al sur. Al tener conocimiento de que Mortier había llegado al pie de las ruinosas murallas de Olivenza elaboró un plan para contener a Soult, encomendando a Coupigny y San Martín disponer de toda la intendencia y cuarteles necesarios para la operación. El 20, cuando debían ponerse en marcha hacia la frontera las divisiones de O'Donnell y La Carrera, que lo acompañaban en Torres Vedras, se sintió enfermo. Fuertes dolores de pecho le obligaron a guardar cama; el 22 parecía encontrarse mejor, hasta el punto de que mandó a Joaquín María Velarde y a José de San Martín ir a Vila Franca de Xira, a ultimar los preparativos para el cruce del Tajo, pero a última hora de la mañana del día siguiente se agravó y poco después fallecía. El parte médico, firmado el 24 por John Gusniring, cirujano de Wellington y Thomas Rice, cirujano de las Reales Guardias inglesas, precisa que al realizarle la autopsia encontraron que “los pulmones estaban seriamente infectados y la aorta del ventrículo izquierdo muy dilatada, formando un aneurisma del tamaño de un huevo de paloma”<sup>1</sup>.

La muerte de la marqués de La Romana produjo una conmoción en las fuerzas aliadas anglo-españolas. Aunque no fuera un genio de la guerra, como Napoleón o Wellington, era un general prudente, que evitaba riesgos inútiles y prefería maniobrar antes de enfrentarse si no tenía fundados motivos para esperar el éxito. La habilidad, determinación y energía que puso de manifiesto al retirar el Ejército español que se encontraba en Dinamarca en 1808 le había dado un gran prestigio en toda Europa. Esa y otras largas marchas, maniobras y hábiles hicieron que sus enemigos, que eran muchos sobre todo a raíz de lo sucedido en Sevilla a fines de 1809, lo apodaran “el

<sup>1</sup> Federico Pita Espelosin. “El marqués de La Romana”. Madrid 1917.

marques de las romerías”, pero gracias a tales capacidad nunca vio destruido su ejercito, como le sucediera a sus críticos Areizaga, Blake y Cuesta.

Wellington le tenía un gran aprecio por cualidades personales y militares. La Romana y Castaño eran los únicos generales españoles con los que nunca tuvo problemas; el inglés pensaba que las dotes del marqués eran superiores a las del héroe de Bailen, “ hombre lleno de buenas intenciones pero al que faltaba energía para imponerlas”. Así lo manifestó a su hermano Henry Wellesley, embajador británico en Cadiz : “Tengo el sentimiento de comunicaros que hoy ha muerto el marqués de La Romana. Hace varios días que sufría espasmos al pecho y desde entonces se encontraba bastante mal. Yo lo veía todos los días y ayer estaba mucho mejor . Esta mañana se encontraba tan bien que habló de venir a verme; tenía la intención de ir a Lisboa , camino de regreso a Extremadura y envío a dos de sus colaboradores para preparar una recepción de despedida que debía tener lugar mañana, en Vila Franca y su paso del Tajo; pero fue de nuevo atacado por los espasmos y falleció a las dos de la tarde. Su pérdida es irreparable; en las actuales circunstancias ignoro quien puede reemplazarle y es de temer que su pérdida será seguida de la de Badajoz. Sería necesario que la Regencia eligiera lo antes posible una persona que tomase el mando del ejército del marqués y espero que sea una que esté dotada de un carácter conciliador”.

Wellington, de carácter frío y altanero, había tenido un violento enfrentamiento con el general Gregorio de la Cuesta en Talavera y dejado de escribir al general Eguia, pero muy distinta fue su relación con La Romana. En un informe enviado a lord Liverpool le decía : “Su talento, sus virtudes y su patriotismo son bien conocidos del gobierno de Su Majestad.. El Ejército español ha perdido en él su más bello ornamento, su Nación el más sincero patriota y la Humanidad el campeón más esforzado y celoso de la causa en que estamos empeñados . Yo reconoceré siempre con gratitud la ayuda que recibí de él, tanto en sus operaciones como en sus consejos, desde que se unió a nuestro ejército”.

El jefe del ejercito expedicionario británico utilizó un lenguaje más protocolario pero no menos sincero al dirigirse a un español, el mariscal de campo Gabriel Mendizábal : “He perdido un colega, un amigo, un consejero con quien he vivido en las más felices relaciones de amistad, intimidad y confianza; veneraré y sentiré su memoria hasta el último instante de mi existencia”.

El papel desempeñado por el marqués durante el golpe de Estado contra la Junta nunca fue olvidado ni perdonado. La Regencia lo ninguneó en el último año de su vida y los panfletos y periódicos editados en Cádiz lo presentaron como un ambicioso sin escrúpulos, movido por el afán de poder, un militar indolente, un mediocre y presuntuoso escritor. La opinión de Antonio Alcalá Galiano sintetiza la que de él tenían muchos de sus contemporáneos políticos y militares: “Tenía de si mismo una opinión muy superior a sus conocimientos y de todo presumía, incluso de literato; era vago, ligero, descuidado, aunque valiente y amante de su patria”.

¡Cuanta mezquindad! Don Pedro Caro y Sureda, tercer marqués de La Romana aunque de baja estatura fue un hombre agraciado, de maneras distinguidas, trato



afable y gran cultura ; algo distraído e indolente sabía reaccionar con claridad y actuar con energía cuando era necesario. Hablaba seis idiomas, leía con diaria regularidad los clásicos griegos y latinos, escribía con soltura en esta última lengua y poseía una valiosa biblioteca. De pocos generales españoles de la época puede decirse lo mismo. Fue uno de los tres modelos de militar español que tuvo José de San Martín.

Wellington hizo que fuera embalsamado el cadáver y dispuso su traslado a Lisboa; embarcado en Cartazo en una falúa llegó a la capital el 25 y de ahí, el 27, a Belem en cuya plaza mayor recibió los honores militares siendo a continuación conducido al monasterio de San Jerónimo. A lo largo del trayecto formaban la caballería inglesa y la portuguesa, un regimiento portugués de infantería y otro inglés, así como la brigada real de Marina. Rompía la marcha del cortejo fúnebre un escuadrón de caballería portugués y otro de dragones ingleses, seguidos de un batallón de infantería español. Carabineros reales llevaban el féretro, que estaba cubierto por un paño cuyas borlas llevaban oficiales de los estados mayores español e inglés, entre los que se encontraba San Martín, seguidos de hachas de cera portadas por criados de la Casa Real. Las exequias tuvieron lugar en el real monasterio, en cuya biblioteca fue depositado después el féretro hasta su traslado a Palma de Mallorca, su ciudad natal.

Con la muerte de La Romana desapareció el último vínculo que unía a José de San Martín con los Ejércitos a los que servía desde su primera juventud. Al suceder al marqués el general Gabriel de Mendizábal, Coupigny y su adjunto abandonaron sus funciones en el estado mayor y regresaron sin demora a Cádiz.<sup>∇</sup>

---

<sup>∇</sup> El 23 de enero Wellington remitió a Mendizábal, O'Donnell y La Carrera sendos oficios recomendándoles que siguieran el plan que el marqués había elaborado y estaba a punto de poner en ejecución para defender Olivenza y Badajoz y contener la ofensiva de Soult. Ignoraba que la víspera había caído la primera de las plazas fuertes y que el mariscal se disponía a iniciar el asalto de la segunda, que defendida heroicamente por Menacho costarían al francés elevadas pérdidas humanas, materiales y de tiempo. Cuando por fin conquistó Badajoz, Massena ya había comenzado la retirada, dando por fracasada la tercera y última invasión de Portugal por los ejércitos napoleónicos.